

## CHILE REINVENTA LA DEMOCRACIA\*

Paulo J. Krischke\*\*

**E**l actual proceso de democratización en Chile, con el plebiscito que derrotó al proyecto de continuidad del régimen militar en octubre de 1988, y con las elecciones generales de diciembre de 1989, ha volcado la atención hacia los antecedentes que hicieron posibles dichos resultados. En este sentido, algunos estudios realizados por investigadores de FLACSO-Chile nos proporcionan cuantiosa información, no solamente sobre las transformaciones ocurridas en la sociedad chilena en el transcurso de la presente década, sino también sobre la inserción y auto-definición de los intelectuales en el contexto de las propuestas de democratización. Cabe reconocer de antemano la imposibilidad de agotar estas dos dimensiones en este limitado espacio; sólo tengo la pretensión de iniciar aquí un debate sobre algunos aspectos.

El enfoque adoptado establece analíticamente una diferencia entre democratización social y democracia política. En todos los libros se distinguen claramente ambas dimensiones, a pesar de presentarse diferentes relaciones entre ellas. De hecho, apreciaremos que es válido diferenciar el proceso de democratización en el ámbito de la sociedad (en términos de valores y orientaciones, modernización de los comportamientos, acceso a la igualdad socio-económica, etcétera), de la

\*En esta nota bibliográfica se reseñan cinco estudios publicados por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Chile: Baño, Rodrigo, 1985, *Lo social y lo político: un dilema del movimiento popular*, 197 pp.; Flisfisch, Angel, 1987, *La política como compromiso democrático*, 371 pp.; Brunner, José Joaquín, 1988, *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*, 470 pp.; Lechner, Norbert, 1988, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, 189 pp.; Garretón, Manuel Antonio, 1989, *La posibilidad democrática en Chile*, 72 pp.

\*\*Profesor adjunto de Sociología Política, Universidad Federal de Santa Catarina, CSO-CCH-UFSC-Campus Trindade, 88049 Florianópolis, SC, Brasil.

transformación del régimen político en el sentido de la institucionalización democrática. Y, para el caso de la actual transición chilena, esto ha significado una verdadera "reinvención" de la democracia, a la luz del propio pasado del país.\*\*\*

### Transformaciones de la sociedad en los años ochenta

El Chile que estos estudios nos presentan revela evidentes las continuidades y las grandes discontinuidades generadas bajo el régimen militar. De un lado, están las divisiones en clases sociales, las luchas sectoriales y corporativas por la apropiación de la renta y la propiedad, las desigualdades socio-económicas que se mantuvieron y agravaron bajo el actual sistema concentracionista y socialmente excluyente. Por el otro, están las identidades socio-políticas, que a pesar de haber persistido en forma notable (en términos de tradiciones culturales, organizaciones partidarias y

\*\*\*En primer lugar, hay que aclarar que no partimos del supuesto de que los cinco autores aquí tratados representen al conjunto de los intelectuales chilenos, ni que detenten su liderazgo. Todos conocen la importancia de FLACSO-Chile como organismos de formación académica e investigación, en ese país y en América Latina, en su conjunto. No obstante, una de las características de las ciencias sociales en Chile durante los últimos 15 años, fue la proliferación de grupos y centros de investigación, los cuales han realizado numerosos estudios, publicaciones y programas de divulgación cultural, de gran importancia para la comprensión del actual proceso.

Con todo, para iniciar una presentación de esa amplia labor de investigación a los lectores de otros países, consideramos conveniente hacerlo con la ayuda de algunos autores de FLACSO, los cuales presentan en su obra un enfoque comparativo dentro del ámbito latinoamericano que facilita su comprensión.

Por otra parte, no pretendemos aquí que estos autores expresen una posición uniforme, que fuera representativa del conjunto de los estudios realizados por FLACSO. Es cierto que José Joaquín Brunner fue el Director de esa institución en el período 1981-1987, y que el actual es Norbert Lechner. Pero más adelante vemos que ellos, y los otros tres autores, desarrollan dimensiones y enfoques distintos acerca de los temas tratados.

Fue necesario comenzar a reconocer la importancia de los estudios actuales sobre Chile, con alguna delimitación arbitraria como la que propusimos antes (sobre las transformaciones de la sociedad, y la auto-definición de los intelectuales en las propuestas de democratización). Esperamos que otros enfoques más específicos (por ejemplo, sobre el régimen militar, la cuestión partidaria, el imaginario popular, etcétera), puedan ser igualmente tratados en otras reseñas con la atención que merecen.

memoria colectiva) bajo las condiciones de represión y clandestinidad, debieron sufrir una progresiva diferenciación, debido a su necesaria reconstitución en ámbitos públicos distintos a los canales institucionales del pasado (y a las influencias culturales que consideremos luego).

El libro de Rodrigo Baño (*Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*) efectúa un relevamiento riguroso de la evolución de los movimientos populares urbanos, sindicales y barriales, mostrando cómo las demandas económicas y sociales conducían (hasta mediados de los años ochenta) a una rápida politización de los conflictos de distribución de renta, debido a la ausencia de canales institucionales legítimos bajo el régimen militar. El autor proporciona datos significativos, por ejemplo sobre el crecimiento de la tasa de desempleo, la caída del salario real durante la década, y las diferentes estrategias adoptadas por los movimientos sindicales y barriales, para enfrentar éstos como otros problemas inherentes al deterioro de sus condiciones de vida. Una conclusión es que la "politización objetiva" de los movimientos sociales que enfrentan al Estado no es acompañada de una "politización subjetiva", que pudiera conducir a la primera a una unidad de acción y proyectos alternativos.

El autor sostiene este diagnóstico aplicando con habilidad la clásica dicotomía entre "comunidad/sociedad", para destacar las diferencias de politización "objetiva" y "subjetiva" de los movimientos sindicales con los movimientos barriales, por un lado, y entre el conjunto de los movimientos sociales y los partidos políticos en un contexto autoritario, por el otro. Por ello su conclusión principal es de que "la escisión entre lo social y lo político se traduce en una separación entre partidos y movimiento social" (*Ibid.*: 184). Pero la reconstrucción histórica que realiza de la trayectoria de los movimientos sociales se centra (siguiendo a Touraine) en la caracterización de los diferentes conflictos que originan esos actores como nuevos "sujetos populares", orientados hacia un "proyecto popular alternativo", incipiente aún bajo el régimen autoritario.

Más adelante veremos cómo estos resultados se relacionan con los partidos y las propuestas de democratización. Pero es importante destacar que las tareas de reconstitución del ámbito público son vistas aquí, desde los inicios de la década (y más dramáticamente a partir de los "cacerolazos" y las "Protestas Nacionales" de 1983), como exigencias puestas de manifiesto por las transformaciones presentes en la sociedad (principalmente en términos de politización "objetiva" y "subjetiva"). Es decir, que los problemas socio-económicos y políticos que quedaron sin solución desde el golpe contra Allende en 1973, pasan a reclamar, a partir de la población, soluciones diferentes de las propuestas en el pasado.

José Joaquín Brunner en *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*, vincula esas transformaciones a las relaciones existentes hoy entre cultura y sociedad, ca-

racterizadas por una heterogeneidad que: "Significa, directamente, participación segmentada y diferencial en un mercado internacional de mensajes que 'penetra' por todos lados y de maneras inesperadas el entramado local de la cultura, llevando a una verdadera implosión de los sentidos consumidos/producidos/reproducidos y a la consiguiente desestructuración de representaciones colectivas, fallas de identidad, anhelos de identificación, confusión de horizontes temporales, parálisis de la imaginación creadora, pérdida de utopías, atomización de la memoria local, obsolescencia de tradiciones." (*Ibid.* 218)

De allí la metáfora del "espejo trizado", donde la lógica racionalista de la modernidad se ve negada por la "anomia" de los actores, constantemente divididos por las lógicas pre y postmodernas de su contradictoria constitución. En el caso específico de Chile (con la posible aplicación a otros procesos de democratización en América Latina), el autor ve en esa heterogeneidad la confrontación entre dos "regímenes comunicativos":

"Uno estructurado en torno al Gobierno Militar que opera a través del efecto combinado de la represión, el mercado y la televisión. Otro, más débil y disperso, menos institucionalizado y de alcances locales y variables, que se estructura en torno a las organizaciones e iniciativas de la oposición."

"La realidad cotidiana se vive como extraña coalición de juicios e interpretaciones que compiten por la atención de los individuos y que buscan legitimarse con base en su pertenencia a esos regímenes contrapuestos de comunicación (...). El país se vive así mismo como una implosión de imágenes, ninguna de las cuales tiene la fuerza suficiente para ordenar un sentido generalizable y compartible. Una suerte de *anomia*, de un tipo especial, gobierna los acontecimientos diarios". (*Ibid.* 74)

Veremos así que el diagnóstico propuesto en un principio por Baño, sobre una escisión entre lo social y lo político, alcanza con Brunner matices más rotundos, al incorporar éste al análisis de la democratización los efectos de la heterogeneidad cultural. Ya no sólo se trata de los problemas de la politización incompleta de los movimientos sociales debido al carácter excluyente del régimen político, sino de los dilemas que enfrentan los sectores democráticos para ampliar la coherencia e inclusión de su "régimen comunicativo" en el conjunto de la población.

El libro de Angel Flitisch (*La política como compromiso democrático*) está centrado en proposiciones normativas e institucionales, para que los procesos de democratización puedan llegar a buen término y consolidarse. Describe también el surgimiento de una "nueva ideología democrática" bajo los regímenes autoritarios del Cono Sur de América Latina. El autor la refiere específicamente a las formas "defensivas" de acción política de los movimientos sociales contemporáneos, indicando para el caso específico de Chile los ejemplos del movimiento feminista, sectores de

las izquierdas y de la iglesia (*Ibid.*: 98-100). En estas acciones el autor percibe el surgimiento de tres "modelos de hombre" (el "hombre liberado", el "disidente" y el "sujeto de derechos humanos") o "tres figuras rectoras" que "incluyen principios reguladores, configurando una ética de la política":

"1) La idea al autogobierno. 2) La idea de un proceso de expansión de los ámbitos sometidos a control personal. 3) La idea de la necesidad de un proceso de fragmentación o socialización del poder. 4) La idea de una restitución (que es a la vez superación) a la colectividad de capacidades y potencialidades personales, que se encuentran perdidas en el juego de estructuras sociales, autonomizadas en relación con las mujeres y hombres que las padecen." (*Ibid.*: 100).

Lo que esta ideología democrática emergente manifiesta es un "fortalecimiento de la sociedad civil", en el sentido específico de la valoración de los contenidos éticos de la democracia, y de las formas participativas de acción política, en contraposición "anti-estatista", dice el autor, a la "concepción napoleónica", que tradicionalmente considera al Estado y al gobierno como detentores del monopolio de la racionalidad política. Es de destacar que el autor no descarta la importancia de las tradiciones constitucionalistas y democrático-institucionales, como parte de la herencia política que se trata de rescatar. Pero, en el contexto de los regímenes autoritarios, de violación de los derechos humanos, la negación de los valores públicos de ciudadanía, y la forzada privación en una cotidianidad fragmentada, hicieron surgir como prioridad a los contenidos éticos de la democracia, en contraposición a las lógicas excluyentes del Estado y del mercado.

Por lo anterior, este enfoque subraya la dimensión ético-normativa como fundamental para apreciar las transformaciones de la sociedad chilena bajo el régimen militar. Además de los dilemas socio-económicos y políticos de los movimientos populares (como vimos en Baño) o también el de la fragmentación cultural "anómica" de la población (constatada por Brunner), cabe reconocer el de los nuevos valores que surgen en la sociedad, en contraposición al autoritarismo. Se incrementan, por lo tanto, los problemas a resolver en el proceso de democratización, en el sentido de superar las formas "napoleónicas" de plantear la política únicamente a partir del Estado o de la sociedad política estrictamente considerada, en términos del sistema partidario. El proceso de democratización que resulte exitoso será aquél capaz de incluir en su seno a los nuevos actores emergentes (nuevos movimientos sociales, sectores religiosos, y disidentes de variado tipo), capaces de verbalizar la "voz de los que no tienen voz", en la defensa de los valores y derechos individuales y minoritarios (en verdad, de todos los dominados y marginados de la sociedad).

Es evidente que esta orientación anti-estatista debe ser matizada en una propuesta progresiva de construcción institucional democrática. Pero ella revela, en esta dimensión ético-normativa, la

presencia de una amplia reformulación no necesariamente anti-política de la vida cotidiana en Chile, a cuya discusión Norbert Lechner dedicará principalmente su libro (*Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*).

En este trabajo se considera la "cultura del miedo", generada bajo el régimen militar, como derivada de los fundamentos de un "orden violentado": Ante todo, miedo a una vida sin sentido, despojada de raíces, desprovista de futuro. Es sobre este tipo de miedos ocultos, que cada uno tuvo que pagar para seguir viviendo, que se asienta el ejercicio del poder autoritario". (*Ibid.*: 97).

Las dictaduras generan continuamente nuevos miedos: "trastornan profundamente las rutinas y los hábitos sociales volviendo imprevisible incluso la vida cotidiana (. . .) aumenta el sentimiento de impotencia/surge una apatía moral (. . .) el descontento con el estado de cosas existente deviene narcisista, autocomplaciente, en definitiva, autodestructor" (. . .). "De este modo, la tendencia del autoritarismo o desorganizar las identidades colectivas termina por socavar su propia base legitimatoria. La promesa de orden desemboca en una experiencia agudizada de desorden". (*Ibid.*: 100-101).

Como Brunner, Lechner también relaciona la heterogeneidad socio-cultural al surgimiento de la post-modernidad o "modernidad incompleta" (en las palabras de Habermas), no obstante vincularla a la necesidad de referentes colectivos que proporcionen un mínimo de seguridad, y valores compartidos que aseguren (como vimos con Flisfisch) una nueva ética democrática en la sociedad. Sin descuidar los aspectos institucionales de ese futuro de democratización, el diagnóstico de Lechner destaca el carácter generalizado de esa búsqueda de referentes colectivos, su importancia estratégica en la lucha contra el autoritarismo, y su relevancia extra-institucional para la creación de un nuevo orden democrático:

Veremos más adelante el carácter instrumental que atribuyen los autores antes tratados a la política institucional. Pero es el libro de Manuel Antonio Garretón (*La posibilidad democrática en Chile*), publicado después de la victoria de la oposición en el plebiscito de 1988, el que ofrece el diagnóstico de las transformaciones de la década centrado fundamentalmente en el aspecto institucional: "En Chile sólo ha habido democratización vía democracia política" (*Ibid.*: 14) como condición *sine qua non*, por caso habría que postergar las demandas de democratización de carácter ético-cultural y socio-económico, para la etapa de consolidación de la transición democrática, puesto que "en el caso de las democracias políticas los que hacen la democratización son las mayorías políticas" (*Ibid.*: 15). Esta constatación, que pasa revista a la experiencia chilena por un período prolongado, es útil al autor para explicar porque la oposición al régimen militar "transforma su mayoría social en mayoría política" y "ésta, a su vez, en mayoría electoral"

(*Ibid.*: 29), en el plebiscito convocado (y perdido) por el régimen militar.

Esta victoria fue solo posible a partir de la necesidad de superar "los obstáculos que habían empantanado a la oposición desde el momento en que accedió al espacio público en 1983 con el movimiento de las Protestas Nacionales" (*Ibid.*: 46). Estos obstáculos eran producto de su incapacidad para formular una propuesta de "transición democrática desde abajo": La oposición tampoco "se transformó en fuerza política a nivel horizontal, o sea, por razones histórico-orgánicas no visualizó una fórmula unitaria de transición hasta febrero de 1988" (cuando hubo acuerdo para participar en el plebiscito de octubre). (*Ibid.*: 24). Además, por ello, el tránsito de la movilización social hacia la transición política (y luego también hacia la "consolidación de la democracia") implica la creación de nuevos actores políticos.

No se trata de descartar las identidades políticas existentes previamente, incluidas las desarrolladas bajo la represión, sino ayudar a su reconstrucción como actores políticos democráticos, capaces de emerger en forma unitaria al escenario público, con un proyecto específico de transición, relevante para el momento histórico. De esta transformación política, y de la del rol de los intelectuales democráticos, trataremos a continuación.

### Propuestas de democratización e inserción de los intelectuales

Los autores que estamos considerando presentan en estos trabajos su visión crítica y propuestas transformadoras. Acerca del escenario político chileno, Baño, por ejemplo, dedica toda una sección de su trabajo al "movimiento popular urbano desde la perspectiva de las tendencias políticas", que desemboca en la sección final ya mencionada, poniendo énfasis en la "escisión entre lo social y lo político" que da título y conclusión a su trabajo.

Como ya vimos, tal constatación significa una crítica del autor, ya que él destaca el carácter alternativo del "proyecto popular" emergente en los movimientos sociales, denunciando el sentido principalmente "estatal" de la política de los partidos.

No obstante reconocer la prioridad histórica del "momento de la política partidaria", a partir de las protestas de 1983, el autor enfatiza sobre todo las debilidades de ese proceso, especialmente por la falta de reconocimiento y solución al dilema central constatado (la "escisión entre lo social y lo político") atribuyendo gran parte de esas debilidades a los sectores intelectuales y políticos de la izquierda, no obstante la renovación producida en ellos bajo la dictadura: "La concepción más novedosa, acuñada por el socialismo 'renovado' en la década del setenta, está muy ligada a la moderna preocupación por los movimientos sociales (. . .) El grueso de la intelectualidad que se inscribía en tal tendencia, fuertemente in-

fluida por el pensamiento de Touraine y la crítica europea a los socialismos reales, terminó por volver a separar movimientos sociales y partidos, resaltando el carácter reivindicativo de los primeros y el espacio institucional democrático que corresponde a los últimos." (*Ibid.*: 181)

Aunque cabe suponer que el autor haya reformulado su crítica a la luz de los acontecimientos posteriores (el libro es de 1985), no quedan dudas sobre el sentido radical de su diagnóstico. En el diagnóstico está implícita la necesidad por un nuevo tipo de actor político democrático, capaz de superar la "escisión entre lo social y lo político" y eventualmente representar también al nuevo "proyecto alternativo", emergente en los movimientos sociales.

La evaluación política presentada por Brunner da un paso drástico en las propuestas de salida institucional hacia la democratización. Su "espejo trizado" no sólo refleja la fragmentación partidaria y social de la "sociedad de masas", sino que apunta a la diversidad cultural alcanzada en Chile (y en América Latina) como un valor pluralista de la modernidad (aún trunca e incompleta en los países de la "periferia") que debe ser profundizado y reorientado en el proceso de democratización política.

Luego de una extensa discusión de los "modelos de política cultural", y de su aplicación crítica en las propuestas partidarias en Chile, sostiene que: "La conclusión es que las políticas culturales *democráticas* deben pensarse y diseñarse prioritariamente bajo un modelo liberal o tocquevilliano que combina la presencia de agentes privados y públicos regulados por el mercado, la administración y la comunidad y pueden pensarse, en seguida, cuando se trata de impulsar esas políticas, *desde la sociedad civil* (no desde el Estado) bajo un modelo gramsciano o de competencia hegemónica." (*Ibid.*: 377).

Sin duda, en el contexto latinoamericano, y específicamente en los procesos de transición hacia la democracia, es necesaria una revisión de las políticas culturales, y dentro de ellas del papel de los intelectuales: "Es evidente que en un país como el nuestro, tras la experiencia de los últimos veinte años o más, los intelectuales se hallan desprovistos de cortezas (. . .) Las teorías que abrazaron, sus 'paradigmas' o 'grandes relatos' sobre la historia se encuentran trizados cuando no irremediablemente quebrados (. . .) sobre todo si pensamos en la democracia. Pues allí no sólo las decisiones deben ser producidas en condiciones que vuelven inciertos los resultados, sino el propio ejercicio de pensar y hablar —que se supone forma el núcleo irreductible del quehacer intelectual— está sujeto a esa incertidumbre de efectos, al constante ir y venir entre argumentos inconclusos, entre las palabras y las cosas, entre significados que no cierran, en fin, a la natural incertidumbre que sobreviene cuando nunca más se pretende estar en posición de decir la última palabra." (*Ibid.*: 470-471).

Vemos aquí que Brunner retoma la crítica al "estatismo" de las políticas de democratización

con un enfoque de análisis estratégico (o de la "decisión interdependiente" de los actores, de acuerdo a Pzeworski, explícitamente citado), tratando de "des-dramatizar" la política, quitándole la "inflación ideológica" (Hirschman) que caracterizaba a los actores políticos tradicionales. Este enfoque parte del supuesto de ser más fiel a la heterogeneidad cultural de la moderna "sociedad, respetando los diferentes contenidos y valores individuales y sectoriales emergentes de ella, al mismo tiempo que delimita el campo de posibles y necesarios acuerdos para la institucionalización democrática a un núcleo "frío" de procedimientos estables de convivencia política (considerada esta como un valor en sí misma).

Por lo tanto, no es sorprendente que sea Flisfisch quien lleve adelante este enfoque (apoyado sobre todo en Jon Elster, "analista estratégico"), entre las propuestas de democratización que estamos considerando. Pues, poniendo énfasis como vimos en el "fortalecimiento de la sociedad civil", a la luz de la nueva "ideología democrática" emergente en las prácticas de los movimientos sociales contra el autoritarismo, este autor puede alegar por "la política como compromiso democrático" que no sacrifica ni concilia esos valores e ideales (por el contrario los protege y orienta).

Queda claro que no podemos seguir todas las etapas del análisis de los autores pero hay puntos de concordancia que nos permiten constatar un progresivo esclarecimiento de las estrategias de superación del autoritarismo, y de simultánea construcción de la democracia. Y está puesto el énfasis de todos los autores por la necesidad de replantear las fórmulas de la política tradicional, que en la propuesta de Flisfisch se resumen en la "concepción napoleónica de la política". En esta concepción "estatista" tradicional, el papel del intelectual sería el del "consejero del Príncipe" según el modelo de Maquiavelo.

Más adelante el autor expone y critica la visión instrumental del "paradigma del Príncipe", para concluir fijándola dentro de la "filosofía de la historia" y en sus funciones intelectuales que legitiman el modelo "napoleónico" de la política.

Finalmente, "la filosofía de la historia de que se trate postula un saber o un conocimiento del futuro. Más allá de las pretensiones de cientificidad con que se lo revista, o de garantías de otra clase que se esgriman en su favor —por ejemplo, la fe religiosa expresada en una esperanza escatológica—, este pretendido conocimiento posee la virtud de remover la política del mundo contemporáneo en que ella se está efectuando, desplazando su sentido a un espacio y un tiempo que no son, en definitiva, del mundo (...) des-secularizar la política, trascendentalizándola." (*Ibid.*: 284-285).

El autor opone a este modelo y paradigma la idea de pacto institucional, pero la distingue cuidadosamente del simple "estado de compromiso" o "mercado político", pues esta última conceptualización "descansa en una imagen de sociedad que en nada difiere de la que empleó

Hobbes (...). Es la sociedad que consiste, primordialmente de confrontaciones de intereses, no necesariamente individuales. Puede tratarse de intereses de grupos, de intereses corporativos correspondientes a sectores diversos, o de intereses más globales imputables a conglomerados más amplios. Por ejemplo, a clases. Sin embargo, la naturaleza hobbesiana no varía. El individualismo posesivo tendrá que ceder paso al corporativismo posesivo, y así por delante, manteniéndose como rasgo central la confrontación de intereses." (*Ibid.*: 287).

Así como el modelo napoleónico peca de des-secularizar la política, el modelo del mercado político o de compromiso la hiperseculariza: "Ese riesgo de hipersecularización proviene de la naturaleza esencialmente instrumental que se atribuye a la política, atribución que es común a los dos modelos conceptuales criticados. Para evitar ese riesgo es necesario entonces relegar esa naturaleza instrumental a un lugar secundario, y poner de relieve la presencia en la actividad política de ciertos valores que sólo ella puede consumir. Esta última exigencia supone buscar para la política un fundamento ético inmanente a ella. Es decir, alguna dimensión esencial de su descripción que permita rechazar su legitimación desde la apelación a un fundamento externo a ella, tal como acontece cuando se invoca una filosofía de la historia." (*Ibid.*: 291-292).

En este contexto de un pacto sobre los valores inherentes a la política, se replantea el papel de los intelectuales como combinando "la razón crítica más la invención", "entendiendo por invención precisamente aquel proceso de identificar el estado plausible o posible de los hechos cuya plausibilidad o posibilidad está racionalmente fundada. Luego, el científico social no es ni el académico ni el consejero de príncipes ni el profeta, sino el productor de invenciones." (*Ibid.*: 23). Para que tales invenciones se tornen efectivas innovaciones sociales en los procesos de democratización, deben seguir dos supuestos generales:

"1) El camino de la invención a la innovación debiera constituir una compleja cadena de mediaciones, fuertemente anclada en la sociedad civil y política. Si democracia significa, entre otras cosas, la oportunidad para el pueblo y las mayorías del derecho a intervenir, esta compleja demanda de mediaciones es un deber. 2) En el camino de la invención a la innovación es central la idea de que el conocimiento crítico y positivo debería convertirse en sentido común masivo como condición para su efectividad. Así considerando, el científico social es también un educador, un intelectual orgánico en el clásico sentido gramsciano, pero no para el príncipe individual o colectivo, sino para la razón crítica emancipadora y la cultura nacional de masas." (*Ibid.*: 24).

Lechner, por su parte, coherente con su valorización de la vida cotidiana y de la dimensión extra-institucional de la política, enfatiza el elemento ético-valorativo (o "pre-contractual") del pacto democrático: "En concreto, pienso en la posibilidad de apaciguar nuestros temores frente al

otro, ser extraño y diferente, y de asumir la incertidumbre como condición de la libertad del otro. Porque la democracia significa más que solamente tolerancia. Significa reconocer al otro como participe en la producción de un futuro común. Precisamente un proceso democrático, a diferencia de un régimen autoritario, nos permite (nos exige) aprender que el futuro es una elaboración inter-subjetiva y que (..) la libertad del otro, su incalculabilidad, deja de ser una amenaza a la propia identidad: es la condición de su despliegue." (*Op. Cit.* 107).

La adopción de este referente ético (transcendente-constructivista o procesual, en el sentido de Rawls) de un futuro común, suscita iniciativas de interacción capaces de desafiar a los demás a la confianza mutua, para que superen el temor y el aislamiento cotidianos.

Lechner admite que es necesario ir más allá de la intersubjetividad en el sentido de establecer los presupuestos normativos de la legitimidad y de la legalidad democrática. Pero insiste en que no se ocupará de "aquella reciprocidad de expectativas asentada en un orden jurídico, aunque sea la más importante. Desde el punto de vista del realismo interesa más el campo prejurídico, aquel ámbito difuso en que se crean las obligaciones sociales y morales que permiten esperar que el otro cumpla efectivamente las prescripciones jurídicas (..) Al ser realistas nos referimos más a lo que el otro *puede* (y no lo que debe o no debe) hacer." (*Ibid.*: 80).

De este contexto interactivo y de realismo ético es que surge la importancia de un nuevo tipo de intelectual democrático secularizado: "Hoy la compleja diferenciación social en América del Sur ya no permite concebir la lucha por la libertad y la igualdad en términos esencialistas (..) El uso de Marx ha perdido su connotación cuasi-religiosa" (..) en "una especie de ajuste de cuentas con los 'marxismos' y simultáneamente intentos de actualizar esa tradición como *punto de partida* para pensar la transformación democrática de la sociedad". (*Ibid.*: 31) "Lo que pareciera exigir una concepción secularizada de la política es renunciar a la utopía como objetivo factible, sin por ello abandonar la utopía como el referente por medio de la cual concebimos lo real y determinamos lo posible. Queda así planteada una tarea central de la democratización: un cambio de la cultura política". (*Ibid.*: 40).

Este cambio de la cultura política ha sido en parte exitoso: "Es en buena parte mérito de intelectuales de izquierda haber planteado la democracia como tarea central de la sociedad. La construcción del orden social es concebida como *transformación democrática de la sociedad*." (*Ibid.*: 41). Esto ha sucedido en parte por la nueva manera como el intelectual reorientó su actividad: "El análisis del científico *social* será siempre una *interpretación* cuya validez depende no solamente de las convenciones al interior de su comunidad científica, sino igualmente del reconocimiento intersubjetivo de quienes fueron estudiados. Dicho de otra manera: la sociedad no

sólo es el 'material' sino simultáneamente el 'intérprete' de ese material." (*Ibid.*: 59). Y al final del libro agrega:

"Reformar la sociedad es discernir las racionalidades en pugna y fortalecer las tendencias que estimamos mejores. El resultado no será un orden puro y definitivo. Bien al contrario, nuestras sociedades seguirán siendo contradictorias y precarias como la vida. Y, por lo mismo, procesos creativos." (*Ibid.*: 189).

Es cierto que la intersubjetividad ética emergente en la nueva cultura política democrática remite necesariamente a la institucionalización de un nuevo orden político y jurídico, capaz de brindarle el referente histórico de estabilidad normativa. Este tránsito de la "invención" a la "innovación" democrática (empleando en otro contexto los términos de Flisfisch) tuvo que ser hecho dentro del régimen autoritario, invirtiendo el sentido estratégico del plebiscito de noviembre de 1988 en favor de la democracia. Tal "momento de los partidos políticos" (en las palabras anticipatorias de Baño) presupone como condición de éxito de la democracia una "desacralización" de la "sobrecarga" ideológica tradicional, permitiendo el reingreso al terreno político en términos de un cálculo estratégico, y a partir de ello la reconstrucción significativa de un escenario institucional competitivo como fin en sí mismo.

El trabajo de Garretón describe ese proceso de emergencia institucional de la democracia, y su necesario acontecimiento dentro del espacio de las instituciones del régimen militar.

El autor analiza los dilemas de legitimación del régimen autoritario a partir de su doble característica (única en el Cono Sur de América Latina), de dictadura personal y régimen militar. Las contradicciones inherentes a esta situación, así como su legalidad adquirida en el plebiscito de 1980, habrían conducido a las oportunidades abiertas en 1988 para la oposición democrática (frente a la pretensión de Pinochet de legitimar su continuidad en el poder). En este contexto, el autor sustenta que "el plebiscito de 1988 desencadenaba una dinámica de transición cualesquiera fueran sus alternativas" (*Ibid.* 28).

A partir de las elecciones presidenciales y parlamentarias de diciembre de 1989, deberá asumir el primer gobierno democrático, elegido por la mayoría que derrotó Pinochet en 1988. Este gobierno tendrá a su cargo completar las tareas institucionales de transición de la democracia, tratando de superar los enclaves autoritarios ("aspectos constitucionales, poder político de las Fuerzas Armadas, posibles exclusiones políticas, problemas de Derechos Humanos no resueltos, ausencia de democratización del poder local y territorial, etcétera") (*Ibid.*: 31). La segunda tarea de este gobierno de transición, también de gran envergadura, será "iniciar las tareas de democratización global que son las que aseguran, como hemos dicho, la consolidación de un régimen democrático en Chile". Esta democratización social es "concebida como creciente igualación de oportunidades, incorporación a la vida social moder-

na, participación y creación de sujetos y actores colectivos, todo lo cual implica la visión de un cambio social global". (*Ibid.*: 31, 36).

Sin duda, la realización de esos amplios objetivos admite retrocesos y difíciles negociaciones con los actores políticos dominantes del régimen autoritario, a muchos de los cuales se busca atraer para la institucionalización del proyecto democrático (principalmente la derecha partidaria) o por lo menos neutralizar políticamente frente a la legitimidad mayoritaria del polo democrático (caso de las Fuerzas Armadas y asociaciones empresariales). Para ello, el autor describe y ordena cuidadosamente las prioridades del gobierno de transición, con vistas a la consolidación democrática, evaluando los aspectos "institucionales, actores y simbólicos" de los enclaves autoritarios, con vistas a su superación gradual y consensual. (*Ibid.* 51 a 63).

Pero el supuesto fundamental de ese proyecto es la existencia (y expansión) del "sujeto democrático" victorioso en el plebiscito de 1988: la unidad de las fuerzas políticas democráticas, que lograron transformar su "mayoría social" en "mayoría política" y "electoral". Por esto, "cabe concluir que una de las condiciones para completar una transición exitosa es la configuración de una coalición de Centro e Izquierda, con conducción inicial de Centro, pero con posibilidad de alterar en el futuro la hegemonía interna de la coalición. El problema planteado aquí es el viejo tema de las relaciones de la Democracia Cristiana con el Partido Comunista, y de Socialistas con Comunistas, donde la presencia de una fuerza Socialista unificada y renovada puede jugar un papel significativo en la constitución de esa coalición, que debiera guardar una continuidad básica con la coalición triunfadora en el Plebiscito, alteran-

do el equilibrio tradicional en el interior de la Izquierda." (*Ibid.*: 63).

Sería difícil para el observador externo comprender en qué medida esa propuesta difiere de las anteriores tentativas de coalición democrática en la historia chilena, caso de no considerarse también las transformaciones socio-culturales y ético-políticas analizadas por los demás autores que reseñamos aquí. Pero esta capacidad de análisis estratégico es ilustrativa también de la reubicación de los intelectuales chilenos en el proceso de democratización, sintetizada agudamente por Garretón en su definición de "sujeto democrático" colectivo:

"No hay actores sociales o políticos que sean 'esencialmente' democráticos. En otras palabras, lo que podríamos denominar al *sujeto democrático*, no se encarna unívocamente en ningún actor específico, sino que los hace contradictoriamente en muy diversos actores, los que en relación a ese sujeto pueden cambiar constantemente de posición (...). En este caso estamos usando el proyecto democrático, en el sentido de régimen político, como un sujeto o principio de acción histórica que requiere de actores para su implementación". (*Ibid.*: 64, 72 nota 12).

Si alguna conclusión cabe agregar aquí, es de que la democracia será posible en Chile, en la medida que la mayoría de la población así lo requiere, y que los principales liderazgos políticos y sociales (entre ellos los estudiosos de FLACSO) se pusieron de acuerdo sobre su "deseabilidad" incondicional. Lo promisorio, entonces, de estos estudios de FLACSO, es mostrar que un régimen autoritario no sólo sucumbe a sus contradicciones internas (o internacionales) sino frente a los nuevos actores democratizantes, capaces de revisar sus experiencias, errores y divisiones del pasado, en pro de un futuro a construir en común.